

Derrama, pues, estos preciosos aromas desde tu imagen embalsamada, Virgen de Guadalupe; cura aquí nuestras llagas con el bálsamo de tus piedades, mezcla en nuestras acciones la canela de tus preciosos ejemplos, para que suban á Dios, como en otro tiempo el sacrificio de Noé, en olor de suavidad; aplícanos, si preciso es, aun la mirra amarga de los castigos, que tú tornarás dulces, como son los de una madre; *llena* tu santuario, que es aquí *tu habitación*, con el *vapor odorífero* de tus virtudes y atractivos, como *incienso no cortado*, sino del árbol producido, porque tú misma eres una fuente de amor y de misericordia, que bondadosamente los comunicas á tus hijos. Y así llegaré á verte, Madre mía amabilísima, planta aromática del cielo, y á aspirar tus suavísimos perfumes, y á gozar tus dulcísimos frutos, por los siglos sin fin. Amén.

Gozos y oración final.



QUINTO DIA

ORACION

Cuánto anhela mi alma la dicha y la alegría ¡oh mi querida Madre, María de Guadalupe! Con qué sed insaciable, con qué especie de ávida codicia va pasando de criatura en criatura, como de flor en flor, ó mejor, de miseria en miseria, tratando de encontrar lo que en sus ansias busca, y de hartarse de los goces que á veces proporcionan! Busca en ellas la dulzura de la miel y del panal, y llega pronto á cobrar una saciedad fastidiosa que le enferma y debilita. ¿Dónde está, pregunta ella angustiada, dónde está lo que busco día por día, y no encuentro sino engafio y horror? ¿Dónde se hallan la paz y la dicha, y la esperanza y la vida? Y una voz dulcísima, tierna y delicada, viniendo de lo alto, responde así: “*Yo, como el*

terebinto, he extendido mis ramas, y mis ramas son de honor y de gracia. Yo, como la vid, he fructificado suavidad de olor, y mis flores son frutos de honor y probidad. . . . Pasad á mi los que me codiciáis, y seréis llenados con mis producciones. Porque mi espíritu más que la miel, es dulce, y mi heredad sobre la miel y el panal. . . . Los que me comen, aun tendrán hambre, y los que me beben, aun tendrán sed. El que me escucha no será confundido." 1 ¡Gracias, gracias mil, Madre mía! He oído tu voz, y he sido iluminado; he escuchado tus palabras, y he quedado consolado! Tus frutos son de honor y de gracia, cuando los de las criaturas son de vergüenza y de miseria. Tú tienes como el terebinto ramas verdes y frondosas para cobijarme con tu sombra, y defenderme del sol de las persecuciones; tú tienes como la vid, olor de suavidad para confortarme, y flores de virtudes que son frutos del Espíritu Santo, honorables y santos; á ti me invitas á pasar dejando la vanidad de las criaturas y codiciando la verdadera dicha, que, después del Señor, en ti se encuentra; tú nos prometes llenar-

1 Ex. Lect. 3ª

nos, cuando en el mundo nada nos llena y satisface; y no llenarnos de ti misma, sino de tus generaciones, es decir, de Jesús tu divino Hijo, que siendo uno solo, vale por mil mundos; tú, á los que el mundo llena de amarguras, nos participas de tu espíritu más dulce que la miel de los panales, y á los que las criaturas llenan de fastidiosa saciedad, nos ofreces en ti misma un manjar que mientras más se come, causa más hambre, y un licor que causa más sed mientras más de él se bebe. La voz del mundo y del demonio, es mentirosa é inquietante, y quien la escucha y la sigue padecerá la eterna confusión; pero tú nos adviertes que el que á ti escucha, jamás será confundido, y que el *que por ti, y en ti trabaja, no ensuciará su alma con el pecado*, como los que trabajan en las miserables criaturas, antes *los que te ilustran*, cantando tus alabanzas y publicando tus glorias, y pregonando tus finezas, *obtendrán la vida eterna*. Hoy vengo, pues, á ti, María de Guadalupe, y paso á ti, aceptando con toda mi alma tu gracioso convite! Aquí vengo á huir de los tormentos de la tierra, cobijándome bajo las ramas del terebinto de los cielos; vengo á gozar del olor de la vifia y á re-

crearme con sus frutos y sus flores; vengo á ser llenado del néctar de tu amor y de las generaciones de las virtudes de tu alma, y del fruto bendito de tu seno; vengo á saciarme de ti, para no tener más amor á las terrenas bellezas, ni más hambre de sus halagos, ni más sed de agradarles! ¿Qué otra belleza puedo desear sino la belleza de mi Madre que me ama, de mi Madre que es Reina y soberana, de mi Madre que es el encanto de los cielos y de la tierra, y nos deja su imagen para mirarla, y en ella recrearnos, y con ella alegrarnos y consolarnos mientras la vemos á Ella misma en el cielo? ¡Madre, Madre! amarte quiero, venerarte, alabarte é ilustrarte aquí en la vida presente, mientras en mí cumples tu gloriosa promesa: "Los que me ilustran, obtendrán la vida eterna." Amén.

Gozos y oración final.



SEXTO DIA

ORACION

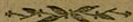
Quando fuiste á visitar á Santa Isabel á las montañas, ¡oh amada Madre mía! dos cosas la llenaban de admiración y de pasmo, y la hacían prorrum-pir en grandes alabanzas: ' la una era tu persona que á su casa llegaba, y que conociéndote con la luz de la fe, y la dignidad á que habías sido sublimada, exclamaba en el trasporte de su gratitud y de su amor: "¿De dónde esto á mí, que venga la Madre de mi Señor á mí?" ¿De dónde viene tan gran bondad? ¿De dónde dimana tanta dignación? que á mí, pobre mujer, perdida entre estas montañas, venga, subiendo por ellas y arrostrando su aspereza, nada menos que la Madre del Señor, la que lleva á todo un Dios en su seno, á visitarme? Ad-

miraban también á la Santa, los prodigiosos efectos de tu habla virginal. "Desde que sonó tu voz en mis oídos saltó de gozo el infante en mis entrañas," porque tu voz, ¡oh Madre mía! formada en aquella garganta, y salida de aquel pecho, donde la Divinidad habitaba, no podía menos de ser una voz saludable, difusiva de la gracia, y expulsiva del pecado, y así fuiste por ella el instrumento de la santificación del Bautista, el mayor nacido entre los hombres. Mas ¡oh, y con cuánta razón nos recuerda la Iglesia en tu fiesta, este misterio, Virgen de Guadalupe! Porque si tú subiste, en vida mortal, de Nazareth á los montes á visitar una santa mujer, ahora, gloriosa en el cielo, bajas de allí á otra montaña afortunada á visitar á tus humildes hijos; entonces llevabas á Jesús en tu purísimo seno, para que alumbrase al niño Juan, sacándolo de las tinieblas del pecado de origen; ahora vienes á hablar con otro Juan, de infantil sencillez; para hacerle promesas grandiosas, y por su medio y en tu imagen, traer á Jesucristo, por la fe, para aquellos pueblos idólatras; entonces tu voz maternal colmó al infante de alegría y á su madre de espíritu profético; ahora, tu voz ale-

gra al otro Juan, y le encanta hasta creerse al paraíso trasportado, y acarrea al pueblo la gracia de la fe con el Bautismo; entonces, habitaste por tres meses en aquella casa, llenándola de paz y bendiciones, ahora te quedaste en tu imagen maravillosa, habitando por más de tres siglos en medio de nosotros, y pidiendo un templo en el sitio cercano á la ciudad, para tener tu casa no lejos de tus hijos, y vivir próxima á ellos, y asistir en medio de ellos, y estar siempre vigilante desde esa atalaya de amor maternal, y permanecer dispuesta siempre á recibirlos, á oír la relación de sus enfermedades y trabajos, á consolarlos en sus penas, y á bendecirlos en sus empresas y tareas. Bendita seas, pues, Madre mía, por tu bondadosa visita: bendita por tu permanencia en nuestro suelo; bendita porque quisiste dejarnos tu peregrina imagen que tanto nos alegra y nos consuela! Como Santa Isabel aquí clamamos: ¿de dónde á nosotros tanta dicha que la Madre de Dios haya venido á nosotros? ¿de dónde tal favor? ¿de dónde tanta dignación? ¿De dónde ha de ser sino del amor de madre para con tus hijos, de la misericordia y la clemencia que en tu corazón tienen su asiento?

Ayúdanos, Señora, á meditar estas finezas, á agradecer estas mercedes, y á corresponder estos favores, para que un día merezcamos ir á cantarlos eternamente en el cielo. Amén.

Gozos y oración final.



SEPTIMO DIA

ORACION

¿Quién es ésta que se adelanta como el sol, hermosa como la ciudad de Jerusalem? 1 Eres tú, Madre mía, que vienes á nuestro suelo, como el sol, porque contigo y por ti nos vino la luz de la fe, y el conocimiento de Jesucristo, verdadero sol de justicia; eres tú que en la mañana de nuestra conversión del gentilismo, vienes como un sol á desbaratar las tinieblas de la idolatría, y á poner en fuga las fieras infernales, y á derramar la luz de la gracia y las virtudes, donde antes y por tantos siglos había reinado la noche de la idolatría, con sus crueldades y sus vicios; eres tú que reunes en ti sola la hermosura de toda la celeste Jerusalem, porque tienes la elevación de los ángeles, con el celo de los apóst-

1 Antif. ad Laud.

toles, la fortaleza de los mártires, el fervor de los confesores, con la cándida pureza de las vírgenes; eres tú la más perfecta imitadora de Jesucristo, y la Reina de todos los ángeles y los santos. "*Miráronte las hijas de Sion adornada con las flores de la primavera, y felicísima te aclamaron.*" Te miró Juan Diego, y se llenó de gozo: te miró el Prelado, rodeada de las rosas milagrosas, y lleno de lágrimas se prosternó ante ti para venerarte; te miraron cuantos allí estaban, y ensalzaron tu bondad, y confesaron tus misericordias; te vieron las hijas de Sion, las almas cristianas que en esos días te contemplaban, y no cesaban de alabarte y bendecirte, te han visto durante tres siglos las generaciones y ante tu imagen te han proclamado milares de voces bienaventurada, como en tu cántico anunciaste: "*Flores aparecieron en nuestra tierra, y por ello te alabamos, Santa Madre de Dios.*" Flores hermosísimas, y de variadas formas; flores de diversos matices, y de gratos olores; flores frescas y lozanas con las gotas de rocío reluciendo en sus hojas, porque tú eres la mística rosa, que en tu seno llevaste al Rocío de los cielos; flores que atestiguaron tu fineza, y que

pintaron tu imagen y que nacieron á tu soplo en un terreno estéril y en el helado invierno. ¿Cómo no alabarte por ello, Santa Madre de Dios, cuando esas flores son emblema de las virtudes que con tu mirada haces nacer en la dureza de nuestros corazones? Sí, Reina y Señora mía, haz germinar en mi alma los blancos lirios de la pureza; adórnala con los nardos aromáticos de los buenos ejemplos, enriquecela con las azucenas de la castidad, y con las violetas de la penitencia; pero sobre todo, embellecela con las flores que más allí se vieron: con las rosas de la caridad para con Dios y mis hermanos, para que *presentándome aquí en tu santuario como una tierra desierta, sin camino y sin agua, á fin de ver tu virtud y tu gloria,*¹ aparezcan en mí las flores, como en otro tiempo en el estéril Tepeyac, y mis labios prorrumpán en alabanzas de la Madre de Dios, que tales maravillas obra con su poder, y tales favores concede por su misericordia. *Y te cantaremos un cántico nuevo,* porque cada día nos das nuevas pruebas del amor que nos tienes, y de la generosidad con que nos auxilias; y *anun-*

¹ Psalm., 62.

ciaremos tu gloria entre las gentes; entre esas gentes que ignoran á Dios, y no conocen sus beneficios, ni adoran su Providencia; entre esas gentes que á ti no te conocen, ni gozan de las dulzuras de su Madre, ni calman sus pesares á tus plantas. ¡Virgen de Guadalupe! ¡Ten compasión de tantas almas extrañadas! ¡ten compasión de todos tus hijos! ¡ten compasión de mí que te amo y te venero! Amén.

Gozos y oración final.



OCTAVO DIA

ORACION

“Como el arco refulgente entre nubes de gloria; como flor de rosales en días de primavera,”¹ así ¡oh Virgen de Guadalupe! apareciste en otro tiempo al dichoso Juan, que entre los resplandores del iris te miraba, y escuchaba cantares de inaudita melodía, y ante la Flor de aquel campo, respiraba los más suaves perfumes. Como Juan, el discípulo amado, te miraba en proféticas visiones, allá en una isla solitaria, contemplando “una gran señal, una mujer vestida del sol, y la luna bajo de sus plantas, y en su cabeza una corona de doce estrellas,” así Juan Diego, el neófito de ti amado, te mira en el monte silencioso, no ya en visión, sino con los ojos del cuerpo, y te encuentra rodeada de los rayos del sol

¹ Ant. ad Bened.

y de los vivos colores del iris y con la luna á tus pies, y con muchedumbre de estrellas que bordan tu regio manto. Mas si aquella misteriosa mujer no hablaba, sino sólo exhalaba dolorosos gemidos, tú, Señora, hablas manifestando tus voluntades, y pidiendo servicios que recompensarás como Reina; si á aquella mujer se le dieron alas para volar y retirarse al desierto, tú aquí, aunque volaste al cielo de donde habías salido á visitarnos, eliges un nuevo desierto para morar en tu imagen, y convertirlo, con sólo ello, en jardín delicioso. Mas si levantas tus ojos y al derredor con ellos miras, se te mostrarán los pueblos enteros que reunidos en piadosas congregaciones, y partiendo á veces, desde los puntos más lejanos, vienen á buscar aquí, no los curiosos espectáculos ni los grandiosos monumentos, ni las riquezas y pompas de las ciudades, sino sólo y únicamente á ti, que eres su Madre; tú eres la ciudad de Dios á la que se encaminan; tu imagen, el dulce espectáculo que los arrastra; tu templo y tu santuario, los piadosos monumentos que contemplan; tu culto y tus altares, las riquezas y las pompas que los maravillan; "todos ellos se han congregado y vinieron tan sólo

para ti;"¹ son hijos tuyos venidos desde lejos, ó hijas tuyas á ti consagradas, y que morando en ti y contigo, no hacen más que salir como de tu lado para venir á visitarte. Y cuando llenos de gozo llegan á tus plantas, cuando cansados y fatigados descansan delante de tu altar y á la sombra de tu santuario, no encontrando palabras bastantes para alabarte y bendecirte, toman aquellas que la Iglesia les enseña, y que en otro tiempo se dirigían á la heroica Judith, figura tuya. ¡Oh Señora, Señora y Madre mía, Virgen de Guadalupe, encanto de mi alma! "tú eres la gloria de Jerusalem," porque no tenemos en nuestras ciudades cosa más gloriosa y más excelsa que tú; "tú eres la alegría de Israel," porque todo el pueblo de Dios no tiene mayor alegría que en visitarte, y amarte é invocarte; "tú eres la honra soberana de tu pueblo," porque como no hay mayor honra que el ser hijos de Dios, la mayor, después de ella, es tenerte por Madre, y guardiana, y Protectora, y Patrona de nuestro pueblo, nombrada por los representantes más augustos de tu Hijo sobre la tierra. "Oh Santa Madre, libre

¹ Antif. ad Magnif.

de toda mancha,¹ escogida por Aquél que rompió los vínculos de la muerte, haz, clementísima Virgen, que tus hijos que con tanto gozo celebran tus fiestas, se alegren con la verdadera luz de la santa fe, que te pedimos te dignes con tus súplicas aumentarla en nosotros, así como afirmar nuestra esperanza y robustecer la caridad en nuestras almas. Tú que eres nuestra esperanza, aparta de nosotros los azotes de la divina justicia; las guerras, la peste, el hambre y los temblores. Consuela á los presos y necesitados que gimen por su suerte, realiza los deseos de tus hijos y sana á los enfermos. Alegra nuestros días con la tranquilidad y la paz, apacigua las enemistades, y aplaca á los perversos que maquinan siempre males. ¡Oh María, Madre piadosísima! ampáranos benigna, para que después de los trabajos del destierro, vayamos á reinar y á alabar eternamente á tu Hijo divino.”

¹ Himn. ad Laud.

Gozos y oración final.

ULTIMO DIA.

ORACION

“No hizo cosa igual con ninguna otra nación,” dijo el Sumo Pontífice, al ver tu hermosa imagen, Virgen de Guadalupe; y esta palabra nos indica al mismo tiempo la grandeza de tus mercedes y la obligación de nuestro agradecimiento. Con ninguna otra nación te has mostrado Reina tan clemente, Soberana tan amable, Madre tan tierna; á ninguna has visitado en su cuna, con visitas tan prodigiosas, con fines tan altos y con prendas perpetuas de tu amor y protección; á ninguna le has dejado una imagen tuya pintada por los ángeles, estampada en el manto de uno de sus hijos, con tan peregrina hermosura, con tan vivos colores y con tan admirable duración. Pero si en ninguna nación has hecho tan grandes favores ¿de cuál esperarías mayor agradecimiento, más señales de amor y culto más reverente? Es cierto que las generaciones han pa-

sado amándote y bendiciéndote, que los Prelados han tratado siempre de aumentar el esplendor de tu culto, y que los gobernantes han venido al pie de tu imagen á recoger con las insignias del mando, el acierto y la prudencia en el ejercicio de sus cargos, es cierto que tu santuario se ha ido renovando cada vez con más magnificencia, y que una rica corona te está preparada para mostrar cuanto el culto tiene de más grande en ensalzar las imágenes y hacerlas más venerables. Todo esto es cierto, Virgen de Guadalupe, pero ¿qué vale todo ello ante la grandeza de tus favores? ¿Qué proporción entre los homenajes de un culto que en todas partes te es debido, con los particularísimos beneficios que no se han concedido á ninguna otra nación? ¿Cómo podremos, pues, oh Madre, mostrarte nuestro reconocimiento? ¿Qué te diremos, ó qué nuevas palabras encontraremos para manifestarte nuestro amor y gratitud? ¡Bendita seas, Hija predilecta del Padre, Madre verdadera del Verbo, Esposa escogida del Divino Espíritu! ¡Bendita seas, Madre de los hombres, á quienes por hijos te dió Jesucristo en el Calvario! ¡Bendita seas, porque has mostrado con nosotros

entrañas de verdadera Madre, no haciendo con ninguna otra nación tan singulares finezas! “*Yo soy la verdadera Madre de Dios,*” dijiste al neófito sencillo en tu visita; y *amorosa hablándole,*¹ le das el tierno nombre de hijo, y aun de hijo pequeñuelo, y tierno, y muy querido; y *amorosa, hablándole,* le indicas que conviene que él, pobre y humilde, y no otro alguno, sea tu mensajero y tu ministro en la grande fineza que quieres mostrarnos; y *amorosa, hablándole,* le prometes que recompensarás su obediencia ¡como si el servirte á ti, Reina del cielo, no fuese la más dulce delicia, y la mejor de las recompensas! *amorosa, hablándole,* le dices que has sanado á su enfermo, obrando en su favor tan misericordiosa maravilla, y *amorosamente hablándole,* le prometes que en el templo que se levante, te mostrarás Madre amorosa y tierna de cuantos te invocaren. ¡Oh, y cuán perfectamente has cumplido en tantos años tu promesa, Virgen de Guadalupe! Aquí has enjugado millares de veces nuestras lágrimas; aquí has aclarado nuestras dudas; aquí has despertado ó afirmado sacerdotales ó religiosas vocaciones, y bendecido y

¹ *Paramanter álloquens.* (Lect. IV.)

hecho felices cristianos matrimonios; aquí has remediado males sin medida, angustias privadas que oprimían los corazones, y públicas calamidades que agobiaban á los pueblos; aquí has seguido siempre amorosamente hablando á todos tus hijos; amorosa hablando á los justos para que no se desvíen, diciéndoles suavemente en lo más hondo de su alma: "*Yo soy la madre del hermoso amor, y del temor y del conocimiento y de la santa esperanza.*" En mí hallaréis toda gracia para continuar en el camino de la verdad, en mí toda esperanza de vivir la vida de las virtudes; amorosa hablando á los pecadores, exhortándolos á llegar á ti, y á llenarse de los frutos que produces, y de los sentimientos de contrición que despiertas, y de las virtudes que comunicas: amorosa hablando á las almas afligidas, invitándolas á participar de tu espíritu, más dulce que la miel, y de tu herencia más regalada que el panal; amorosa hablando á las almas olvidadas, recordándoles que *tu memoria vive en el pueblo cristiano por las generaciones de los siglos.* Yo también quisiera ahora amorosamente hablarte, *Madre de Dios, y guarda de las Vírgenes,*

i Lec. III.

Puerta del celestial palacio, nuestra esperanza en la tierra, y en el cielo gozo; con filial amor quisiera ahora hablarte, Paloma de inmortal belleza que moras entre plantíos de azucenas; vara que germinas desde la raíz, la medicina de nuestras llagas; torre cerrada siempre y vedada al infernal dragón; estrella amiga de los navegantes que se hallan en peligro de naufragio! ¡Protégenos, oh Madre en las decepciones de la tierra que amargan tanto nuestra vida! Faro luciente del Tepeyac, dirígenos con los rayos de tu luz argentada; disipa las tinieblas de tantos errores, libranos de los peligrosos escollos y muéstranos una segura vía, entre las tempestuosas olas del mar de este mundo. Y á mí, tu pobre siervo, que tanto te amo, alcánzame del Señor la gracia especial que te he pedido en estos días, si á mi alma no fuere dañosa, ni estorbare la gloria de mi Dios y Señor. ¡Bendita seas, Reina y Señora mía! ¡bendita seas, Virgen de Guadalupe! Te dejo mi corazón, te entrego mi alma, para que á Dios la llesves; ¡bendíceme en mi vida, bendíceme en mi muerte! Amén."

i Himn. ad Matutin.

Gozos y oración final.

GOZOS GUADALUPANOS

*Virgen y Madre mía
De Guadalupe,
Deja que tus encantos
Mi alma disfrute!*

Quando me acuerdo, oh Madre!
De tu visita,
Y que al suelo bajaste
Por darme vida,
De gratitud mi pecho
Luego se colma,
Pues serme, prometiste,
Madre amorosa,

Virgen y Madre mía, etc.

Al dichoso Juan Diego
Le tengo envidia,
Pues como él no te escucho
Madre querida;
Pero miro tu imagen;
Y al contemplarla,
¡Es tan dulce y tan bella
Que arroba mi alma!

Virgen y Madre mía, etc.

Tus ojos de paloma
A mí inclinados,
Me anuncian el remedio
De mis trabajos:
Pues misericordiosos
Son con tus hijos,
Ellos á Dios, airado,
Me harán propicio.

Virgen y Madre mía, etc.

Mil veces en mis tristes
Y amargas penas,
En nadie hallo consuelo;
Tú me consuelas.
Sólo el verte me alivia,
Y vengo á verte,
Y salgo consolado
Siempre, sí, siempre!

Virgen y Madre mía, etc.

¡No sé qué hallo en tu imagan
Que me regala!
Clavo en ella mis ojos
Y veo tu cara,
Y cojo dulcedumbre
Que meto dentro,
Y deseo aun más el verte
Y á verte vuelvo.

Virgen y Madre mía, etc.

Juntas tus lindas manos
Orando al cielo,
Contigo á orar me invitan
Con tierno ruego;
Y tus plantas, posadas
Sobre el querube,
Me guían al cielo, oh Virgen
De Guadalupe!

Virgen y Madre mía, etc.

El sol, para vestirte,
Sus rayos manda.
Y la luna te sirve
De humilde peana,
Y el querubín alado,
Tu manto coge,
Y á tus plantas disfruta
De inmenso goce.

Virgen y Madre mía, etc.

Las estrellas que ocupan
El vasto espacio,
Cual otro cielo adornan
Tu regio manto;
Haz que así tus virtudes
¡Oh dulce Reina!
Iluminen de mi alma
Las tres potencias.

Virgen y Madre mía, etc.

Virgen de Guadalupe,
Reina y Señora,
Recibe de mi canto
La última estrofa;
¡Adiós, mi amada madre,
Dueño de mi alma,
Mi corazón te dejo
Tenlo á tus plantas!

*¡Virgen y Madre mía
De Guadalupe,
Deja que tus encantos
Mi alma disfrute!*

ORACION DEL OFICIO.

Oh, Dios, que habiéndonos colocado bajo el patrocinio singular de la beatísima Virgen María, nos has querido colmar de continuos beneficios, concede á los que humildemente te suplicamos, que los que hoy nos regocijamos en la tierra con su memoria, algún día nos gocemos con su presencia allá en los cielos. Amén.

VISITA Ó PLEGARIA

DE LOS PEREGRINOS

A LA VIRGEN DE GUADALUPE

EN SU SANTUARIO

V. Señor, abrirás mis labios,
R. Y mi boca anunciará tu alabanza.
V. Dios mío, entiende en mi ayuda,
R. Apresúrate, Señor, á socorrerme. Gloria,
etc.

¡Amada Madre y Señora nuestra! ¡al fin hemos llegado á tus plantas soberanas! ¡Al fin, atravesando las distancias, hemos venido á tu templo y estamos dentro de tu casa! ¡Al fin nuestros ojos tienen la dicha de contemplar tu imagen milagrosa, y nosotros arrodillados delante de tu altar, venimos á hacerte amorosa visita, á regalarnos con nuestra tierna Madre, á recrearnos con la que es encanto de los cielos, á pedirte con confianza favores y mercedes, á implorar sobre nosotros y sobre nuestras familias, tus dulces bendiciones! ¡Oh, y qué consuelo se siente al verte, Madre muy amada! ¡Oh, y cuán dulce-

mente se respira á tu lado! Parece que tus ojos de paloma graciosamente bajados hacia el suelo, están siempre buscando á tus hijos para mirar sus miserias, para pagar sus miradas, para sondear sus corazones, y compadecerte de sus penas y aflicciones. Aquí cumples continuamente lo que en la Salve te pedimos, de volver á nosotros esos tus ojos misericordiosos; aquí, junto con tus ojos, está tu corazón benigno, tan amoroso y tan clemente, sintiendo nuestras penas, compadeciendo nuestros males y preparándonos el consuelo ó el remedio. Aquí también está tu nombre, ese tu dulce nombre de Guadalupe, que indica cómo naciste entre las peñas, y cómo ahuyentas á los que nos devoran. Nace hoy de nuevo, Virgen y Señora nuestra, entre las peñas de nuestros duros corazones; alumbra nuestra alma con tu luz, oh aurora de los cielos; ahuyenta á los terribles enemigos que sin cesar nos combaten y persiguen; haz que la fe que á tu venida se introdujo en las almas, se fortifique en las nuestras, y nunca se contamine con los errores de la herejía: reanima el fervor en el pueblo cristiano y apártalo de las vanidades que hoy tanto lo atraen: ruega

á tu divino Hijo que conserve la vida del Sumo Pontífice, su Vicario en la tierra: que conserve la de nuestro Prelado y la santifique: que bendiga á nuestros Párrocos y sacerdotes, á nuestras Parroquias y familias, á nuestros amigos y enemigos; y tú, Madre muy amada, recibe aquí nuestras ofrendas, nuestras lágrimas y nuestros corazones, y danos, en cambio, una mirada compasiva, un abrazo de Madre y un aumento de amor tuyo en la vida, para que tengamos la dicha de verte en la gloria, y de cantar en tu compañía las perpetuas alabanzas del Dios trino y uno. Así sea.

Se rezan tres Salves, y al fin de cada una se dice:

V. Madre mia, á ti de lejos vendrán tus hijos.

R. Y de tu lado se alzarán tus hijas.

ORACION.

Oh, Dios, que habiéndonos colocado, etc., (*como la oración del Oficio*).

002242

OBRAS DEL P. GABINO CHAVEZ.

Breve Catecismo de las Madres. Misión, deberes, peligros y remedios.

Catecismo breve y popular acerca de los diezmos.

Catecismo explicado, al alcance de todos; el Sacramento sobre el Bautismo y Confirmación.

Catecismo práctico del Escapulario de Nuestra Señora del Carme.

Catecismo de la Escuela laica y la Escuela católica.

Catecismo de las Hijas de María: muy apropiado para las que no lo son. Naturaleza, origen, desenvolvimiento y ventajas de la Asociación.

El Protestantismo en México. Catecismo popular de controversia.

La Hora Eucarística. Directorio para la adoración: tomada de los escritos del P. Eymard

La Inmaculada Concepción de María: símbolos y figuras, loores y excelencias.

La Virginitad. Extractos de unas conferencias predicadas á las Hijas de María.

Sabatino Mariano. Catecismo, ó del Sábado consagrado á la Virgen María.

Catecismo de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Catecismo de la devoción al Sagrado Corazón de María.

Práctica del ejercicio de la Hora Santa, arreglada para México.

Precio de cada tomito: 6 es